

higiénicos van más de medio siglo atrasados respecto á los del Reino Unido, se vigorice la opinión pública y exija á los poderes constituidos que, cuidando del bienestar moral y material de los pueblos más bien que de entrar en discusiones egoístas, personales é inútiles, procuren disputar á la Parca las preciosas víctimas que la insalubridad arrebató anualmente á España, y que la desangran mucho más gravemente que las funestas y lamentables guerras civiles y separatistas que tan empobrecida la han dejado durante estos últimos años. Pero para ello es preciso que nuestro pueblo sacuda la ingénita pereza y rutina que le embargan; que abandone ese fatalismo musulmán heredado de nuestros conquistadores los árabes, pues de otra suerte, el español morirá como aquel que se empeñó y consiguió bajar á la tumba, sin que para ello contase otra causa que su desidia y el mal-estar á que se entregó temiendo la muerte, y exclamando constantemente *me muero*.

En consecuencia, señores, esta Sección, que cuenta en su seno á varias de las más preclaras inteligencias de Barcelona en todos los ramos del saber humano, espero dará una brillante muestra de su fecunda vitalidad acudiendo á la discusión, para producir la luz que ha de esclarecer los problemas apuntados por el Sr. Secretario, y tal vez engendrará una reacción general eminentemente beneficiosa para la nación entera.—He dicho.

P. GARCÍA FARIA.

MEMORIA SOBRE EL RENACIMIENTO,

POR

DON TEODOSIO ALONSO PESQUERA

INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS.

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE VALLADOLID.

El Renacimiento en el arte, sus manifestaciones más importantes en Valladolid y causas de su decadencia.

Tal es el tema que la Academia de Bellas Artes ha propuesto y que es preciso desarrollar para optar al premio por ella ofrecido en los Juegos Florales, preparados para este año por el Excmo. Ayuntamiento.

Bella es la flor; aunque, semejante á la rosa que esmalta nuestros jardines, si tiene brillantes pétalos y suavísima fragancia, no carece en cambio de punzantes espinas que castigan al osado que pretenda tomarlas entre sus manos. ¡Triste compensación de las bellezas humanas! Nada, en efec-

to, tan grato como el estudio de esos grandes genios, de esas inteligencias superiores que, remontándose en las serenas esferas del arte, han conseguido con sus obras hacer avanzar un paso la complicada máquina del progreso de la humanidad; mas por lo mismo que el asunto atrae y se presta á largas y profundas meditaciones, muchos notables escritores se han ocupado en desarrollarle, y es difícil, ya que no imposible, hacerlo con alguna novedad. Además, como nada en el mundo es producto de la casualidad, sino lógica y forzosa consecuencia del encadenamiento de las ideas, estos sucesos de primera magnitud están siempre relacionados con otros en el orden científico y social, que es conveniente al menos recordar, si han de apreciarse á fondo los primeros, para poder juzgarlos con la precisa imparcialidad y estimarlos según lo reclama su valor. Nueva dificultad, pues, para encerrarnos en los no dilatados límites de una memoria. Pero pensando ser juiciosa la observación de un elegante escritor (1), que dice: «Más merece quien busca un premio y no lo gana, que quien puede »ganarlo y no lo intenta,» acudo animoso á la pelca, ya que, aun sucumbiendo, según la máxima citada, se consigue alcanzar algo de gloria

Empezaremos, pues, nuestro trabajo, dividiéndole, para metodizarle, en tres partes: una referente á Italia; otra que tenga relación con nuestra patria, y la última que á Valladolid tan sólo pertenezca. Mas antes, consecuentes con lo ya indicado, habremos de dirigir una mirada sobre las letras y las ciencias, íntimamente relacionadas con las artes, en sus prósperas ó adversas vicisitudes.

La época del Renacimiento ha visto llevarse á cabo la más completa transformación del espíritu humano: letras, ciencias, artes, legislación, todo avanza, todo progresa en este gran periodo; diríase que va á llevar la vida hasta á las tumbas, pues los muertos, que en las de siglos anteriores se representan echados, los vemos ya levantados en las del Renacimiento, poniéndose de rodillas en actitud de orar, y posteriormente, aun desempeñando las ocupaciones propias del estado de las personas á quienes aquellas estaban dedicadas.

La oscura noche de la Edad Media, que durante siglos y siglos sumergiera á la humanidad en la pavorosa negrura de la ignorancia, había borrado las huellas del saber: el hombre, ocupado en batallar, olvidaba el discurrir, empleando sus ocios en la caza ó en escuchar las sencillas canciones de sus trovadores, y, aparte de algunos destellos de la civilización árabe, de los moros andaluces y de las escuelas de medicina de Montpellier y Salerno que, rompiendo con la tradición, desde los siglos xi y xii enseñaban, ya no sobre textos, sino con hechos observados, la ciencia huyó temblorosa á refugiarse en la tranquilidad de los claustros, habiendo hasta

(1) D. Amós Salvador, Discurso premiado en los Juegos Florales del Ateneo de Logroño, 1885.

el idioma perdido la costumbre y aun la posibilidad de interpretarla. Si algo quedaba era, ó la ciencia artificial de la escolástica, que todo lo esterilizaba, ó ideas equivocadas y casi graciosas por lo absurdas (1).

Comenzó en Italia desde el siglo XIV la aurora del gran Renacimiento literario. Dante, gramático sutil y filósofo enciclopédico, con su inmortal poema (1308), funda la lengua italiana é inclina las ideas hacia el gusto de la antigüedad; Petrarca, gran latino y hebraísta, se hace un infatigable coleccionador de manuscritos que, un siglo más tarde, el prodigioso descubrimiento de Gutenberg (1440) permitirá difundir con profusión; Boccaccio, escritor fino y audaz, es el primer novelista verdaderamente italiano; Guicciardini, su primer historiador; Marsilio Ficino, su primer filósofo; Machiavello (1469 á 1527), su primer diplomático, fundador del culto sangriento de la razón de Estado; Torquato Tasso escribe la *Gerusalemme liberata*; Ariosto da consejos ó inspiraciones á Rafael; Bentivoglio publica elegantes poesías y Froben es el principal editor de las obras de Erasmo, que, por sus maliciosas audacias, preludian la reforma religiosa. Nicéforo y otros sabios griegos, emigrando de un imperio que amenaza ruina, familiarizan á los italianos con la lengua griega, y si algunos, como Bruno d'Arezzo y Pico de la Mirandola, escriben en latín, no es ya el bárbaro latín de la Edad Media, sino un idioma puro y correcto que permite difundir por toda Europa las obras de estos escritores.

Siguen las demás naciones de lejos á la culta Italia, y el estudio y la comprensión de las literaturas antiguas contribuyen á formar las literaturas modernas. Alemania ve nacer por entonces su poesía y algunas traducciones; Inglaterra da brillo en el siglo XIII á la Universidad de Oxford, donde florece la teología escolástica; produce Portugal después sus Amadis de Gaula, inspirados tal vez por los trovadores de la misma época; Francia, que preparó su renacimiento bajo Luis XI con los emigrados griegos de Constantinopla llevados por él de Italia, le desenvuelve más tarde á consecuencia de las guerras en este país de Luis XII, Carlos VIII y Francisco I, y en cuanto á España, nada diremos ahora, ya que el cariño de hijo por una parte y por otra la obligación del tema propuesto, me imponen, con mucho gusto mío, el deber de detenerme en ella con algún mayor reposo.

Dejemos, pues, la literatura y entremos, siquiera rápidamente, en los

(1) Véase para muestra la altura á que se encontraba la geografía: «A pesar de la autoridad de Alberto de Lila (1008), se creía cuadrada la tierra: el monje Alberico recordaba los saltos que dió el sol el año de la batalla de Muradal ó de Tolosa (1212): un tratado escrito en provenzal aseguraba que este astro pasaba el tiempo de la noche en iluminar unas veces el purgatorio y el mar otras; que la tierra estaba sostenida por el agua, el agua por las piedras, las piedras por los cuatro evangelistas, y éstos por el fuego espiritual, emblema de los ángeles y de los serafines.» Historia Universal de C. Cantú, traducida por Ferrer del Río. Tomo XVII, página 242.—Madrid, 1848.

dominios de la ciencia. El franciscano Rogerio Bacon (1224 á 1294), establece el principio de que *no hay nada cierto fuera de la observación*, y, haciendo por esta vía profundos adelantos, descubre las propiedades de los cuerpos, las leyes de óptica, la fuerza elástica del vapor de agua, la de los gases é inventa el telescopio, pudiendo con razón llamarse el fundador de la física moderna. Más tarde Vesale (1514 á 1564), y el español Servet (1509 á 1553), analizan el cuerpo humano, cosa creída inútil y aun no permitida hasta entonces; la escuela de Padua hace adelantar la medicina y la cirugía sobre la enseñanza de la anatomía; las de Salerno y Montpellier, ensayan los procedimientos de destilación para descubrir el efecto de ciertas plantas medicinales; Aldobrandini, consigue que avance la historia natural; se introduce por entonces el estudio del álgebra; el alemán Werner y el portugués Nonius enriquecen la geometría; el italiano Cardan, la medicina, la fisiología y la astronomía; el suizo Paracelso, la química, y muchas ciencias son también enseñadas por los más instruidos de los grandes doctores escolásticos, profesando matemáticas en Nápoles y Venecia el franciscano Paccioli; fundando en Viena Juan Gmunden la primera cátedra de astronomía, en la cual le sucede Purbach, uno de cuyos discípulos, Regiomontanus, publica el primer tratado de trigonometría y establece el primer observatorio en Nuremberg, y Novera en Bologna (1464) cuenta entre sus oyentes á Copérnico. Leonardo de Vinci (1452 á 1519), la gloria de Milán, que á pesar de la célebre *Cena* por él pintada en el convento de *Santa Maria delle Grazie* y de la estatua ecuestre del *monumento á la memoria de Francisco Sforza*, más merece contarse entre los sabios que entre los artistas, después de probar en el *canal de la Martesana* sus conocimientos hidráulicos, hace grandes adelantos en la mecánica aplicada, «el paraíso de las ciencias matemáticas», como él la llamaba y, sobre todo, establece las bases de la geología, ciencia que no se desarrollará sino tres siglos después; la brújula, perfeccionada por Flavio Gioja, se utiliza, surgiendo Marco Polo, Amérigo Vespuccio, Vasco de Gama y otros atrevidos navegantes, que ensanchan los límites de la Geografía, y Galileo, á quien la observación de la lámpara de la catedral de Pisa había hecho descubrir las famosas leyes del péndulo, y, aun algo antes, el danés Ticho-Brahe y el polaco Copérnico y el sajón Kepler, cansados de sus estudios sobre las cosas de la tierra, dirigen al cielo sus investigadoras miradas, consiguiendo adivinar al fin el verdadero movimiento de las esferas celestes.

Y por último, para que estos adelantos alcancen también á las ciencias morales y políticas, Paruta funda el derecho de gentes, y los legistas sustituyen al derecho feudal lleno de abusos é incoherencias, primero el consuetudinario ó de fuero, y después el romano, base hoy día de la legislación de los pueblos modernos.

Pero si grande se manifestó el Renacimiento literario y científico, el artístico, que se desarrolló simultáneamente y obedeciendo á iguales causas, fué brillante, colosal, inmenso. Tuvo su aurora, su apogeo y su ocaso, como todas las glorias humanas, cosa por otra parte fácil de prever, porque un género nuevo en arquitectura ó en otra cualquier arte, nunca nace de repente, jamás obedece á la ley de la aparición momentánea. Ni siempre hay disponibles médicos como Vulcano, que por el sencillo procedimiento de un hachazo *hagan salir á Minerva, ya armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter*, ni estas cosas suceden más que en las fábulas de la mitología. En el mundo real todo va más lentamente: lo antiguo tiene sus partidarios que lo defiendan, mientras que toda idea nueva, por beneficiosa que sea, halla dificultades para ser aceptada. Jorge Stephenson arrojó grandes peligros al hacer entre Liverpool y Manchester el trazado del primer ferrocarril, teniendo precisión de ocultarse de los propietarios de los terrenos que había de atravesar, quienes le perseguían cual si fuese un facineroso; y si esto sucedía tratándose de intereses materiales y de un pueblo tan práctico como el inglés, que debía haber adivinado el provecho que sacaría del invento del pobre minero, ¿con cuánto mayor motivo no habrá dudas y vacilaciones en un asunto de estética, que se aprecia por sentimiento y donde no hay regla fija para juzgarle? El ideal, en cualquier rama del arte, se forma por un esfuerzo colectivo de los espíritus pensadores, es la conquista, el premio de varias generaciones que inconscientemente se asocian para el mismo fin, que á veces no se conocen, que otras hasta se combaten; pero que todas trabajan, sin embargo, en la misma obra. Esto explica los sinsabores de los genios y el aplauso, con frecuencia tardío, que se concede á su talento. Hoy, que Mozart y Rossini son admirados, como en justicia merecen, apenas se comprenden las amarguras que *D. Giovanni* ó *Il Barbiere di Siviglia* causaron á sus autores, por el desdén con que públicos tan ilustrados como Praga y Roma recibieron estas encantadoras producciones, y de igual modo, tal vez algún día tenga la generación actual que avergonzarse de no haber entendido las bellezas del *Tannhauser* y de que á Wagner tan sólo le proteja una persona, siquiere sea muy ilustre, cuya razón se halla perturbada. Mas basta ya de digresión, que ni ejemplos ni razones há menester nuestro aserto, de sobra justificado por los hechos, y volvamos á Italia, deteniéndonos singularmente en sus dos grandes centros: Florencia y Roma. Allí tuvo el arte sus Mecenas; en estas ciudades vivieron los grandes colosos del Renacimiento; en ellas, al calor de su genio, se fundieron aquellas creaciones inmortales que, después de recibir la sanción de un público fino y delicado, fueron á iluminar con sus destellos los demás países y á dar ideas é inspiraciones á otros artistas, quienes á su vez pro-

dujeron obras que son su gloria y orgullo del país que las vió formarse.

Italia, en lo que á la arquitectura se refiere, se encontraba en circunstancias especiales. Ya fuese por prevención al estilo que sus dominadores importaron, ó más bien por conservarse allí, mejor que en otra parte, los sorprendentes despojos de la civilización romana, es lo cierto que fué la primera en volver á los modelos de la antigüedad, y que la ojiva nunca consiguió hacer olvidar el medio punto. Buschetto levanta en el siglo xi la *catedral de Pisa*, y un siglo más tarde se construye el *Baptisterio* y la conocida *Torre inclinada*, monumentos ni góticos ni bizantinos, y que por algunos de sus detalles recuerdan las construcciones antiguas; y los primeros años del siglo xiii ven elevarse en la misma ciudad los arcos semicirculares de su notable *Campo Santo*. Florencia, en el mismo siglo, hace las grandes arcadas de la iglesia *Or San Michele*, y en 1355 edifica ya el célebre Orcagna la elegantísima *Loggia de' Lanzi*, primer paso dado con firmeza y resolución en la nueva senda del Renacimiento italiano, sin que pueda extrañar que, posteriormente, Brunelleschi (1377 á 1446), en su grandiosa cúpula de *Santa Maria del Fiore* emplease la ogiva, porque ya existía en este monumento, empezado por Arnolfo di Lapo en 1298, y una bóveda de 40 metros de luz en aquel tiempo le pareció sin duda demasiado atrevida para hacerla de medio punto. Por lo demás, en este severo templo, así como en su *Campanile*, edificado por Giotto, se ve ya bien marcado el predominio de las líneas horizontales sobre las verticales, acaso inspirado á Brunelleschi por el detenido estudio que hizo de los monumentos de Roma, así como también se observa un sistema nuevo, sencillo, natural y lógico, que no admite la ornamentación, sino como un modo de acusar al exterior los diversos elementos de la construcción, haciéndonos por completo olvidar las formas piramidales del estilo gótico. Sigue Brunelleschi dando muestras de su buen gusto en las iglesias de *San Lorenzo* (1425) y *Santo Spirito* y en los palacios *Riccardi*, *Strozzi* y *Pitti*, concluido este último por el arquitecto Ammannati, autor del bello puente de la *Trinitá*. Sus imitadores Michelozzo Michelozzi, Benedetto da Majano y Cronaca emplean ya los órdenes clásicos con más ó menos fortuna, y León Bautista Alberti (1404 á 1472) perfecciona el arte, dándole mejores proporciones y mayor delicadeza y elegancia.

Pero dejando ahora las orillas del Arno, vamos á dirigir nuestros pasos á la Ciudad Eterna, y en la imposibilidad, por la premura del tiempo, de examinar todas sus maravillas, citaremos solamente la *Basilica de San Pedro*, monumento insigne del poder de los Papas y muestra clara de la generosa piedad de la cristiandad, que supo gastarse en ella una suma que á últimos del siglo xvii pasaba ya de 250 millones de francos, equivalentes hoy á más del doble, si se tiene en cuenta el diferente valor de la

moneda. Su historia es la del verdadero Renacimiento; á ella van unidas la del batallador Julio II, la del Papa artista León X, la del emprendedor y activo Sixto V, la del pacífico y piadoso Clemente VIII, la del conciliador Paulo V y la del sabio y virtuoso Alejandro VII, no citando sino los principales entre los 22 Pontífices que intervinieron en la obra. «*Todós en él pusisteis vuestras manos*», podríamos decir con un célebre poeta (1). Y en efecto, desde el milanés Bramante, ya conocido en su patria por la cúpula de *Santa Maria delle Grazie* (1495), y á quien Roma debe con el palacio de la *Cancillería* y el de *Giraud*, el estilo más puro y sencillo de su arquitectura, y que es la expresión más elevada y clásica de esta parte del arte moderno, desde Bramante, decimos, quien al ser llamado por Julio II (1506) tuvo la grandiosa idea de «*colocar el Panteón sobre las bóvedas del templo de la Paz*», hasta Borromini que, por sus celos con el Bernini, consiguió el poco envidiable triunfo de ser el jefe de la escuela de la decadencia, todos los arquitectos de algún valer unieron á la gloria de su nombre la de dirigir las obras de esta inmortal basilica, mirada después como modelo para muchas iglesias del catolicismo. Así, vemos al erudito Fra Giocondo; al florentino Julián da San Gallo; al delicado Rafael; á Baltasar Peruzzi, de gusto esquisito y original, que le valió el renombre de *El Rafael de la arquitectura*; á Antonio da San Gallo, de fuerte y vigoroso estilo; á Miguel Ángel, que si no tuvo tiempo de lanzar á los cielos su famosa cúpula, dejó ya concluido su modelo y precisados sus menores detalles; á Vignola, el sabio escritor y juicioso legislador de la arquitectura; á Giacomo della Porta, arquitecto lleno de grandiosidad é imaginación; á Domingo Fontana, inteligente restaurador de los obeliscos egipcios; á Carlos Maderno, de mejor voluntad que fortuna al proyectar la fachada del gran templo, y al Bernini, que si ya en el *baldachino* y en sus estatuas indicaba que nos íbamos alejando de los buenos tiempos del arte, supo en cambio en los célebres pórticos que limitan la gran plaza elíptica que precede al monumento, resolver con felicísimo acierto un problema erizado de dificultades.

(Se continuará.)

(1) *Lista* (D. Alberto), Á la muerte de Jesús.

MADRID: 1886.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE GREGORIO JUSTE

Calle de Pizarro, número 15, bsjo.